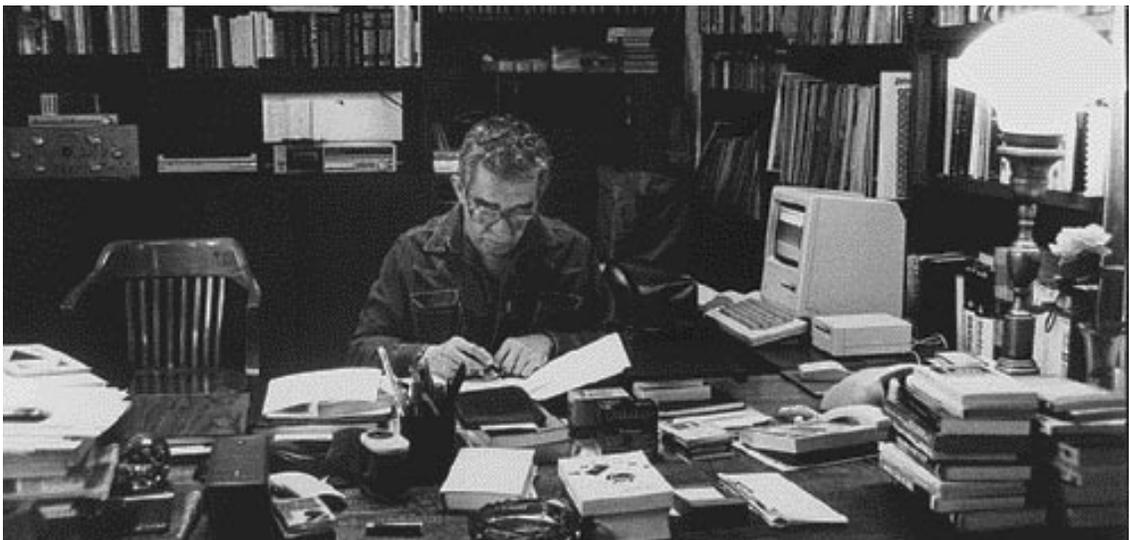


Veinte años después

Aniversario del Nobel para García Márquez

Humberto Musacchio

En 1982, enviado por el diario para el que trabajaba, Humberto Musacchio asistió a la entrega del Premio Nobel a Gabriel García Márquez. Privado de material para la crónica por la triste grisura del Estocolmo decembrino y la amable indiferencia de la gente, sólo quedaba el recurso de la paráfrasis para justificar el viaje, en la idea de que nada hay más verdadero que las mentiras del escritor colombiano. Hoy Los Universitarios publica estos textos a modo de recordación del gran festejo para la literatura latinoamericana que tuvo lugar un 10 de diciembre hace dos décadas.



CUMBIA EN ESTOCOLMO

Estocolmo, 9 de diciembre de 1982.- Nunca se imaginó Alfred Nobel, el inventor de la dinamita, que el premio creado con los ingresos de su descubrimiento estallaría ahora, cuando un centenar de colombianos han tomado por asalto esta ciudad.

Y es cosa de imaginar lo que sucede frente a la Sala de Conciertos, lugar de la entrega del premio, donde cualquiera que esté contagiado por la lectura y la locura de Gabriel García Márquez advierte a un ejército de enanos y saltimbanquis que brincan felices bajo una llovizna persistente de florecitas amarillas, las que ocupan el lugar que naturalmente corresponde a la nieve y que este año, por uno de esos prodigios de la naturaleza, ha retrasado su arribo, seguramente por respeto a un escritor venido de las regiones tropicales.

Con la misma consideración, el agua de las fuentes continúa viva y en ella juguetean los pececitos de oro fabricados por un viejo macondiano sin recuerdos. En espera de que el mar Báltico se congele —para cortarlo en bloques que meterán en enormes galeones anclados en este puerto—, los gitanos han puesto sus tinglados en la citada plaza, donde lo mismo sirven un puchero de lagartijas que un plato de huevos de araña.

Pero en Suecia, país con un alto porcentaje de ancianos, lo que más llama la atención es la máquina de la memoria, cuyas demostraciones gratuitas permiten a los senectos revivir sus mocedades y hasta intentar alguna aventurilla viril.

Por ahí se pasea una mujer de inconmensurable redondez, a la que simplemente llaman Mamá Grande. La acompaña un viejo militar latinoamericano, quien todos los días va a la oficina de correos a esperar una carta que nunca llega. Entre otros individuos de evidente extranjería está Remedios, una jovencita que se desplaza varios centímetros arriba del gélido suelo, tapada apenas por una sábana de luz.

En una esquina de la plaza, tres papas ofician misa ante un daguerrotipo de Dios, obtenido, según cuentan, por un viejo gitano que se pasa el día manejando pergaminos antiquísimos con fórmulas ilegibles y aún se da tiempo para recetar dulces que alejan el sueño, pócimas para el insomnio, sanguijuelas y emplastos de su botica móvil, donde se encuentra desde el espiado que alegra el olfato hasta el láudano que mata.

En los tempranos anocheceres de Estocolmo, donde oscurece en estos días a las 15 o 16 horas, los habitantes de la feria se iluminan con quinqués de alquitrán. En medio de la fiesta hay unos niños que terminan la digestión en bacinillas de oro. A su alrededor se congregan sotas de baraja, colombianas y diablos llegados en carrozas de virreyes, así como la multitud que arribó en una especie de cocina que arrastra a todo un pueblo. La enorme cachimba, llamada locomotora, llegó jalando las casas rodantes de esta muchedumbre circense.

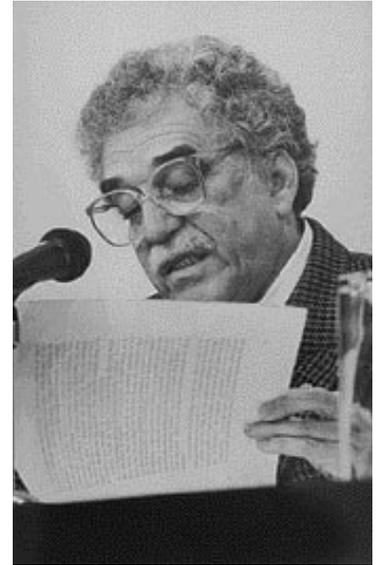
Francisco el hombre, añejo competidor de los periodistas, entona canciones que informan de acontecimientos como la entrega del Premio Nobel a un individuo nacido en Aracataca. A unos pasos, el Judío Errante, que se halla en esta ciudad por una escala meramente técnica, se dedica a prevenir contra los maleficios que victiman a los primogénitos, por lo que recomienda sacrificar algunos chivos y expiar así toda culpa, pues algo prohibido hicieron los nórdicos para que les cayera encima toda esta locura.

Del cono de un gramófono fósil emergen las interminables notas de cumbias y vallenatos que baila todo el mundo, en tanto que progresa alegremente la venta de guarapo, desde luego en forma clandestina por la severidad antialcohólica de las ordenanzas locales.

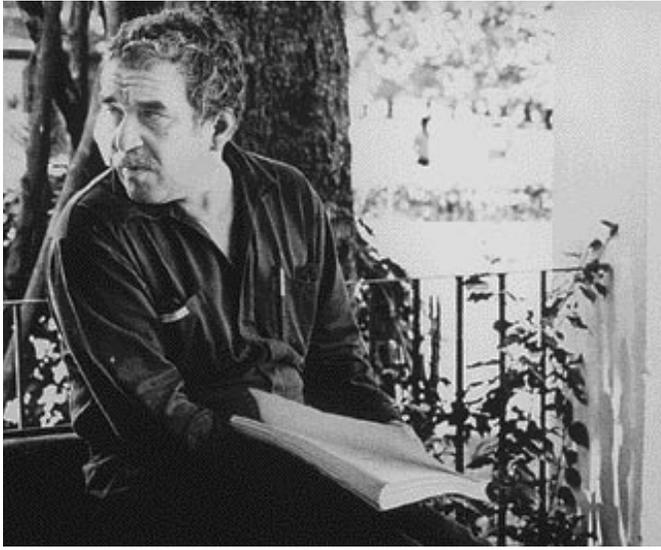
Las casas y las calles se han llenado de olores extraños, entre los que se distingue la fragancia de la albahaca y el aroma penetrante de la guayaba. Todo esto no parece molestar a los vikingos, quienes continúan entregados a sus tareas habituales, pese a los caimanes que se agitan en el Báltico, las alfombras que surcan el aire cortante y las atracciones de los gitanos, como el loro que habla sánscrito arcaico y otras siete lenguas muertas, el mono que adivina el pensamiento y una máquina que lo mismo baja la fiebre que pega botones.

El único antecedente de un desbarajuste tal data de cuando el Nobel de Literatura fue para Miguel Ángel Asturias. Dicen que entonces la ciudad fue invadida por una nube de mosconas irisadas, como las que pueden verse en cualquier *week end* en Guatemala.

Cubierto con grueso jorongo y sombrero de ala ancha, un tal Pedro Páramo se pasa las horas charlando sobre aparecidos y las múltiples formas que adoptan las ánimas del purgatorio cuando andan en pena. Con este individuo han llegado a la capital sueca, desde una región llamada Comala,



Las fotos que acompañan estas crónicas son de Rogelio Cuéllar y fueron tomadas en los años ochenta. *Los Universitarios* agradece a Rogelio su permanente y generosa colaboración con la revista.



otros personajes como Artemio Cruz y la Maga, quienes han declarado a la prensa que sólo vinieron a presenciar la entrega de los premios. Sin embargo, debido a la rigurosísima etiqueta de esta corte, lo más probable es que el señor Páramo se quede afuera, pues el uso del frac es obligatorio.

Cuando aquí está cercana la media noche, Gabriel García Márquez cena con Olof Palme, primer ministro sueco. Están acompañados de Mercedes Barcha, esposa del escritor; Danielle Mitterrand, mujer del presidente de Francia; Régis Debray, el guerrillero arrepentido; Buelent Ecevit, primer ministro de Turquía, así como de varios miembros del gabinete de Palme y diversos invitados, entre los cuales no figuran latinoamericanos.

Todo eso sucede en la residencia de Palme, mientras en la plaza los gitanos y otros visitantes brindan con el jarabe para hacerse invisible —incomparable específico para los que padecen deudas— y anuncian a todo el que quiera oírlo que pronto volverán para acompañar al más viejo José Arcadio Buendía, quien, aseguran, ganará el Premio Nobel de Alquimia.

LA NOCHE DE LAS MARIPOSAS

Estocolmo, 10 de diciembre de 1982.- Muchos años después, frente al rey de Suecia, Gabriel García Márquez habría de recordar la noche en que decidió ser escritor. Bogotá era entonces una ciu-

dad áspera para los provincianos, pero ahí supo que el mundo, a pesar de su vejez, tenía muchas cosas sin nombre y que otras lo habían perdido. Comprendió también que su imaginación tendría que ir más lejos que el ingenio de la naturaleza y aún más allá del milagro y la magia.

El mundo de su infancia era ya un pavoroso remolino de polvo y escombros cuando empezó a descifrarlo. Recordó, del gitano Melquiades, el consejo que habría de acompañarlo durante toda su existencia: “Las cosas tienen vida propia, todo es cuestión de despertarles el ánimo”.

De ese modo inició sus viajes al pasado y a los sueños. Descendió a los pantanos de la memoria colectiva y escaló las sierras de toda grandeza. Y sin ser mujer parió hombres y doncellas y monstruos. Conoció ministros y cardenales, reyes y presidentes. La gente se acostumbró a verlo con la fama revoloteando coqueta, esclavizada en faenas que otros escritores hubieran considerado indignas. A la diosa de la celebridad le encargó servir un día a los derechos humanos y otro a los sandinistas. La vistió una vez de revolución cubana, con uniforme verde olivo, y en otra ocasión la hizo aparecer en público sosteniendo una pancarta de la guerrilla salvadoreña. De esta manera dio empleo útil a las Glorias y éstas, ocupadas, le permitieron seguir escribiendo.

Así llegó hasta este día helado en que Estocolmo se ha vuelto loco con sus plazas llenas de gitanos y saltimbanquis, animales míticos y seres exóticos; con toda la ciudad bañada por una persistente lluvia de florecitas amarillas, una de las cuales llevó el escritor en la mano hasta el escenario de la Sala de Conciertos, donde se hizo la premiación.

Todo fue arreglado para que el aracataqueño se sintiera en casa: flores en el pasillo por donde entraron los premiados, flores en el proscenio y flores también arriba del blanco telón de fondo, sobre el cual estaban los músicos con el respaldo de un órgano que ocupa toda la parte posterior del teatro.

En el mismo escenario estaban el rey y la reina, el presidente de la Fundación Nobel y su esposa, así como un centenar de académicos. El colombiano fue el penúltimo en recibir del monarca su medalla y su diploma (el dinero, que también tiene alguna importancia, se lo entregarán mañana).

Ataviado con un liquilique de lino blanco, especie de traje Mao que se usa en zonas rurales de Colombia y Venezuela pero que fue confeccionado en Mérida, Yucatán, García Márquez apareció entre

los otros homenajeados como arroz en sopa de prietitos: todos vestían riguroso frac negro y a ninguno se le ocurrió llevar en la mano una flor amarilla.

Ya sentados en el escenario, con el programa en marcha, el colombiano no ocultaba su nerviosismo: cruzaba una pierna y otra, se rascaba la nariz, se jalaba la oreja, se alisaba el bigote, construía catedrales con las manos o recurría a sus lentes y al folleto con la traducción de los discursos, que fueron ni más ni menos que seis.

Al arrancarse la orquesta con *Pompa y circunstancia*, de Edward Elgar, el escritor aprovechó para frotarse la pantorrilla mientras movía la cabeza al ritmo de la música y trataba de seguir la melodía empleando la flor a modo de batuta.

Cuando se decía el discurso para exponer los méritos de García Márquez, desde la platea su amigo Guillermo Agudelo le hizo un violín, lo que motivó una amplia sonrisa del premiado, que en ese momento se sentía, pese a su liquilique, como metido en una armadura de caballero medieval.

Pero le tocó el turno y se dirigió al centro del escenario, donde al filo del semicírculo que encerraba una N lo esperaba el rey, quien le entregó el diploma de rigor en una carpeta roja y la medalla alusiva en una caja ligeramente más oscura. El monarca inició el aplauso y dio unos pasos atrás para que el novelista quedara en el centro del escenario, con la mano en alto para agradecer las ovaciones, como un torero.

Al ir de regreso a su lugar, medio abrió la cajita con la medalla y liberadas por su imaginación salieron miles de mariposas. Apenado, García Márquez cerró la caja, pero las papalotas continuaron saliendo, esta vez de las mangas del liquilique, de los bolsillos y hasta por la rendija de la masculinidad.

El protocolo impidió que los presentes se dieran por enterados o, seguramente, no faltó quien pensara que el revoloteo de los insectos fue otro de los actos preparados por la numerosa delegación colombiana, que incluye grupos de cantantes y bailarines enviados por el gobierno de Bogotá. El hecho es que las mariposas de miles se convirtieron en millones y el aleteo incesante fue interpretado por los nórdicos, siempre circunspectos, como una excentricidad más de ese tipo que se atrevió a dejar el frac de lado y a pasarse el protocolo por el arco de Macondo.

Después de la premiación, el programa continuó con la cena que ofrecen los reyes de Suecia a los ganadores del Nobel. Ahí, entre un caudaloso

torrente de champaña, desfilaron platillos que, a juzgar por los nombres en francés, comentó un periodista colombiano, debían estar muy buenos.

Como se había advertido, a la cena no pudo entrar hombre alguno sin el frac de rigor, lo que no impidió una concurrencia de más de mil 300 personas, para las cuales la nota fuerte la dieron Totó la Momposina y muchos otros artistas colombianos, con trajes de colores incendiarios y ritmos que menearon a los asistentes.

Hasta la sala del télex, a la que nos adelantamos los reporteros, llegan noticias de que la delegación colombiana, al término de la cena, decidió llevarse a García Márquez a seguir con la cumbiamba en las plazas, a bailar y tomar guarapo. Sin embargo, dicen las mismas fuentes, al llegar adonde ayer se encontraban los gitanos, sólo podía verse la fría soledad de esta noche que augura, como sucede desde hace miles de años, una nevada que ocupará el lugar que por unas horas llenaron las flores.

Con todo el relajamiento que causó la presencia de los colombianos y otros personajes, pocos se dieron cuenta de que los relojes se volvieron locos y de que esta semana tuvo dos jueves, los mejores días para el amor. ①

